

## Catecismo 733 – 736 El Espíritu Santo, el don de Dios

JOSE IGNACIO MUNILLA

Obispo de San Sebastián

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

**Punto 733:**

**"Dios es Amor" (1 Jn 4, 8. 16) y el Amor que es el primer don, contiene todos los demás. Este amor "Dios lo ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rm 5, 5).**

Este punto comienza definiendo a Dios –recogiendo esos pasajes bíblicos- como **"el AMOR"**.

1ª Juan 4, 8. 16:

8 *Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es Amor.*  
16 *Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en él. Dios es Amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él.*

Es verdad que a Dios le podemos designar a través de sus atributos:

- Dios es omnipotente.
- Dios es infinito
- Dios es cercano
- Dios es bondadoso
- Dios es paciente
- .... Etc.

Todos los atributos que referimos a Dios, puestos en un grado máximo, pueden ser referidos a Dios, puede ser una forma de referirle.

Pero aquí hay algo más: cuando decimos: "que Dios es amor", es algo más que esos atributos, aunque estén elevados a la máxima potencia. Estamos diciendo que "Dios es amor", porque **forma parte de su propia esencia intra-Trinitaria**.

Hemos ido explicando en el catecismo que el Padre en su propia sobre-abundancia, engendra por amor –no por necesidad-; por amor Dios engendra, por amor Dios crea el mundo.

Cuando decimos que lo propio del Hijo es recibir el amor del Padre, incluso llegamos a decir que el amor infinito que se profesan entre el Padre y el Hijo llega a constituir la persona del Espíritu Santo.

Ya no es un atributo nuestro que aplicamos a Dios en la máxima expresión; al decir que Dios es amor, estamos viendo - en esa pequeña definición- un reflejo de la realidad intratrinitaria.

**LA ESENCIA DE LA TRINIDAD ES EL AMOR.** Este término está referido en sentido propio, no tanto referido a nosotros. Cuando decimos “Dios es nuestra esperanza”, es algo que está referido a mí; pero Dios en sí mismo no es una esperanza.

Decir: Dios es amor, no es definir a Dios con el nombre de una virtud en grado máximo, no. Es la esencia íntima de Dios REVELADA a nosotros.

El amor es definido como un reflejo de la esencia de Dios. El punto de referencia es el Ser Divino.

En la sagrada escritura hay otra expresión, que podríamos calificar como revelación propia de Dios, que sería decir: **DIOS ES LA VERDAD.** Posiblemente este sea el único término que sea comparable en cierto sentido al de Dios es amor.

Éxodo 3, 14:

*14 Dijo Dios a Moisés: «Yo soy el que soy.» Y añadió: «Así dirás a los israelitas: "Yo soy" me ha enviado a vosotros.»*

Cuando dice: **Yo soy el que Soy**”, está diciendo: **“Yo soy la verdad de la existencia”**; vosotros sois como una sombra del SER.

Al afirmar que Dios es amor, que Dios es la Verdad, se contiene todo lo demás.

La afirmación del catecismo: **“Y Dios nos ha derramado ese amor – su esencia-, en el Espíritu Santo”**.

No es que nos haya dado un poco de amor, como si el amor fuese “algo” “un poco de algo”. No.

El amor no es “algo”; **el amor es “alguien”**, esta es la clave. Cuando decimos “Dios es amor”, tenemos que entender que el amor no es algo que Dios nos da; que el amor es ALGUIEN que se nos DA a nosotros: **Dios mismo se nos da.** Porque es una entrega personal.

Romanos 5, 5:

*porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado.*

**Punto 734:**

**Puesto que hemos muerto, o, al menos, hemos sido heridos por el pecado, el primer efecto del don del Amor es la remisión de nuestros pecados. La comunión con el Espíritu Santo (2 Co13, 13) es la que, en la Iglesia, vuelve a dar a los bautizados la semejanza divina perdida por el pecado.**

En la entrega amorosa de Dios a nosotros, tiene en nosotros dos efectos: **Sanante y elevante.**

Así lo ha distinguido la teología cristiana: **Dios nos sana y Dios nos eleva.** Es verdad que las dos cosas tienen lugar al mismo tiempo, pero conviene distinguirlas porque tienen dos categorías distintas.

Dios viene a nosotros y cura nuestras heridas y nos eleva a la condición de hijos de Dios.

¿Qué es más: sanarnos del pecado o elevarnos?. Es más elevarnos, porque de hecho Dios nos podría haber sanado del pecado sin elevarnos a esa condición de hijos. Es más la elevación que la sanación.

Dios nos podía haber sanado, dejándonos en el estado en el que estaban Adán y Eva antes de haber pecado. Pero es que ha hecho mucho más: **Nos ha elevado a una condición de hijos, nos ha metido en la intimidad intratrinitaria**, que Adán y Eva ni habían soñado.

Pero es imposible “elevarnos” a esa condición sin previamente “sanarnos”. No se trata de una decisión caprichosa de Dios: “el que tenga pecado no le permito entrar...”, no es así; es que la esencia del pecado es la no aceptación del amor, es una incapacidad para recibir el amor. El que no está purificado de su pecado, es incapaz de ser elevado a la condición de hijo de Dios.

Por eso dice este punto que “el primer efecto del amor de Dios es la remisión de nuestros pecados”, es la **gracia sanante**.

En la parábola del “buen samaritano”, lo primero que hace ese samaritano –imagen de Jesucristo-, cuando se encuentra con ese hombre apaleado –imagen de cualquiera de nosotros que somos pecadores- postrado en el camino, lo primero que hace es hacer una “cura de urgencia”, vendar esas heridas, de ungir las y después le “eleva”, le carga sobre sí mismo, para llevarle a la posada. Es la imagen de la gracia sanante y luego de la gracia elevante.

2ª Corintios 13, 13:

**13 La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros.**

La liturgia ha cogido este versículo como saludo de la santa misa. Es como la explicación de cómo se nos da a nosotros ese amor que es sanante y elevante. Es verdad que se podría atribuir de una forma distinta: El amor de Jesucristo, o la gracia del Padre. De hecho en otros saludos trinitarios del nuevo testamento se dice de otra forma. Pero eso no quita que en este texto haya una gran riqueza de expresión, y es bueno que meditemos.

**La gracia de nuestro Señor Jesucristo**, es una “gracia redentora”. Precisamente lo primero que hizo Jesús fue sanarnos. Para poder recibir el amor del Padre, primero era necesario “lavarnos las heridas”, porque estábamos incapacitados para ser “elevados” y para recibir el amor del Padre.

Por eso se dice primero “La gracia del Señor Jesucristo”; sin Jesús redentor no podemos recibir esa responsabilidad que tenemos todos con el amor de Dios.

**El amor del Padre.** Esa sanación nos ha elevado al amor del Padre, nos ha unido a ella, nos ha hecho sentirnos “hijos”, nos ha hecho descubrir lo que el “hijo prodigo” descubrió al volver a casa y ver **al padre que le estaba esperando, y el abrazo que le estaba dando.**

Si ese “Hijo prodigo” volvió a la casa del Padre, es porque había habido una “gracia de Jesucristo”, aunque sea invisible en esa parábola, una gracia de Jesucristo que había ido en su busca y había sanado sus heridas. El Hijo prodigo sintió el amor del Padre, porque había sido visitado por la “gracia redentora de Cristo” que había curado sus heridas.

**La comunión del Espíritu Santo**, es el decir el “como”. El Espíritu Santo nos da, a través de una “comunión”: **Él nos une al Padre, Él nos une al Hijo.** Él es el que ha llevado a cabo la obra de la santificación.

Dios es amor, y el primer efecto que tiene ese amor en nosotros es la remisión de nuestros pecados. Es importante que no nos avergoncemos nunca de esta expresión. Porque hablar del pecado es hablar del amor de Dios. A veces se hacen unas caricaturas de la espiritualidad cristiana, cuando alguien dice: prefiero hablar menos del pecado y más del amor de Dios. ¡Pero si el primer efecto que tiene el amor de Dios en nosotros es sanarnos de nuestras heridas!.

**Punto 735:**

**Él nos da entonces las "arras" o las "primicias" de nuestra herencia (cf. Rm 8, 23; 2 Co 1, 21): la vida misma de la Santísima Trinidad que es amar "como él nos ha amado" (cf. 1 Jn 4, 11-12). Este amor (la caridad que se menciona en 1 Co 13) es el principio de la vida nueva en Cristo, hecha posible porque hemos "recibido una fuerza, la del Espíritu Santo" (Hch 1, 8).**

En el don del Espíritu Santo hemos recibido las "arras", las "primicias" (como un adelanto de lo que está por llegar), es el don del amor recibido en el Espíritu Santo, esa comunión que tenemos con Dios, por el Espíritu Santo.

Es importante que veamos lo que estamos viviendo en esta vida, como un adelanto, como unas arras. Por una parte, para valorarlo más. Cuando Santa Teresa de Jesús hablaba de sus "carmelos", de sus casas, "un palomarcito" –decía ella-, donde tenía esa intimidad con Dios. Nosotros podemos prolongar eso y hablar de que también nuestra familia, el don del amor en la familia, son como unas "primicias" de lo que está por llegar; o esa amistad profunda que tenemos con una persona, esa amistad, tenemos que pensar que son las "arras" de lo que está por llegar. Ese perdón, que por la gracia de Dios hemos dado a una persona, que nos haya podido ofender, son las "arras", de lo que va a ser la intimidad plena en el cielo.

Tenemos que vivir el don del amor como unas arras, como unas primicias.

El gran drama de esta vida es que vivimos el amor, apegándonos a él y no entendiéndolo como unas primicias; la prueba es que luego nos quitan ese amor y nos venimos abajo.

Podemos llegar a decir que una forma de hacer un examen de conciencia, de si estamos en el "buen camino" hacia el cielo o no, es que veamos si vivimos este don como unas arras del cielo.

Aquí, el catecismo nos remite al "himno de la caridad"

**1ª Corintios 13:**

- 1 *Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe.*
- 2 *Aunque tuviera el don de profecía, y conociera todos los misterios y toda la ciencia; aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad, nada soy.*
- 3 *Aunque repartiera todos mis bienes, y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, nada me aprovecha.*
- 4 *La caridad es paciente, es servicial; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe;*
- 5 *es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal;*
- 6 *no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad.*
- 7 *Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta.*

- 8 *La caridad no acaba nunca. Desaparecerán las profecías. Cesarán las lenguas. Desaparecerá la ciencia.*
- 9 *Porque parcial es nuestra ciencia y parcial nuestra profecía.*
- 10 *Cuando vendrá lo perfecto, desaparecerá lo parcial.*
- 11 *Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño. Al hacerme hombre, dejé todas las cosas de niño.*
- 12 *Ahora vemos en un espejo, en enigma. Entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de un modo parcial, pero entonces conoceré como soy conocido.*
- 13 *Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de todas ellas es la caridad.*

Este texto, que a veces lo solemos leer en las bodas, con lo cual a veces lo aplicamos a la convivencia del matrimonio, y de esta forma lo podemos llegar a reducir un poco.

Además la traducción más exacta sería la que viene en este texto: “la caridad”, y no tanto “el amor”.

Recomiendo, incluso en el examen de conciencia antes de la confesión, que echemos mano de este texto, y ver si estoy viviendo esas primicias, esa primera entrega de lo que es el amor de Dios, o me estoy alejando de ella.

Igual que ayer decíamos, en el comentario de catecismo, que el sacrificio del hombre no tiene ningún valor si no está fecundado por el Espíritu Santo, también cuando dice en este texto:

*Aunque tuviera el don de profecía, y conociera todos los misterios y toda la ciencia; aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad, nada soy.*

*Aunque repartiera todos mis bienes, y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, nada me aprovecha.*

Uno puede hacer obras muy sacrificadas, pero si no están “rociadas del amor de Dios” no sirven para nada.

Cuantas personas hay que hacen unos sacrificios tremendos por adelgazar –por ejemplo-, y sin embargo no tiene ningún valor delante de Dios, porque no es el amor de Dios el que lo ha suscitado.

**Ante Dios lo que más vale no es lo que más cuesta, esto es importante. Para Dios lo que más vale es lo que está hecho, esta movido por el amor.** Es más, hay cosas que están movidas por el amor que igual no nos cuestan tanto: una madre que se levanta varias veces por la noche para atender a su hijo, es verdad le costara, pero al estar movida por el amor a su hijo le costara menos.

Por eso es bueno que hagamos el examen de conciencia de ver si vivimos las primicias en nosotros, de lo que es ese don de comunión, de si la caridad nos lleva a la paciencia, nos lleva al servicio, nos lleva a no buscar el interés propio, a alegrarnos del bien del prójimo, a excusar...”Ese es un buen examen de conciencia”.

Romanos 8, 23:

23 *Y no sólo ella; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo.*

2ª Corintios 1, 21-22:

21 *Y es Dios el que nos conforta juntamente con vosotros en Cristo y el que nos ungió,*  
22 *y el que nos marcó con su sello y nos dio en arras el Espíritu en nuestros corazones.*

En todas las obras en las que nos mueve el Espíritu Santo, el amor, tenemos unas primicias o arras de lo que está por llegar. Demos gracias a Dios por esas arras, pero no nos peguemos a ellas.

**Punto 736:**

**Gracias a este poder del Espíritu Santo los hijos de Dios pueden dar fruto. El que nos ha injertado en la Vid verdadera hará que demos "el fruto del Espíritu, que es caridad, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza"(Ga 5, 22-23). "El Espíritu es nuestra Vida": cuanto más renunciamos a nosotros mismos (cf. Mt 16, 24-26), más "obramos también según el Espíritu" (Ga 5, 25):**

El Espíritu es aquel que nos pone en comunión con Dios dice: **"Nos ha injertado"**- la vid es imagen de Jesucristo, somos injertados en esa relación de filiación que hay entre el Padre y el Hijo.

Es verdad que en una civilización cada vez más urbana, se van perdiendo estas imágenes del campo, que tanto utilizo Jesús.

El Espíritu Santo nos injerta en esa vid que es Jesucristo, para que también nosotros seamos hijos; y el Padre nos llame a nosotros: "hijos". Cuando ve a su Hijo nos está viendo a nosotros, y cuando nos ve a nosotros está viendo la imagen de su Hijo.

Lo lógico es que el que este injertado de frutos propios de la planta "madre", de esa nueva vida.

**Gálatas 5, 22-23:**

- 22 *En cambio el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad,*  
 23 *mansedumbre, dominio de sí; contra tales cosas no hay ley.*

Este es otro texto que nos da pie para otro "buen examen de conciencia". Los que están injertados en Jesucristo, lo lógico es que den frutos y obras sean conforme al Espíritu.

El catecismo nos da un consejo de vida espiritual: **y es que hay que renunciar a uno mismo para permitir que el Espíritu Santo sea el motor de la propia vida.**

**Mateo 16, 24-26:**

- 24 *Entonces dijo Jesús a sus discípulos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame.*  
 25 *Porque quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará.*  
 26 *Pues ¿de qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida? O ¿qué puede dar el hombre a cambio de su vida?*

Sabemos que de nosotros mismo no salen las obras espirituales. A veces se ha acusado al cristianismo de que es una "espiritualidad represora de la espontaneidad".

Nosotros a eso le llamamos "mortificación", que es **morir al hombre viejo.** Sabemos que si nos dejamos llevar por el propio impulso, lo que sale de nosotros ya sabemos lo que es: "la ley de la selva", egoísmo más egoísmo, y todo gire en torno a mí.

Por eso lo que este mundo, que no conoce a Cristo, llama espontaneidad, ya sabemos lo que es; aunque le pongas esa palabra bonita. Eso que llamamos espontaneidad y naturalidad, no es más que los impulsos del hombre pecador. Todos tenemos el “hombre viejo” ahí escondido, debajo de la piel.

Por eso hay que morir al hombre viejo, para dejar que el Espíritu Santo sea el motor de nuestra vida: **“El que se niegue a sí mismo y tome su cruz...”** Ese es el que se deja mover por el Espíritu Santo. No que no podemos pretender es que el Espíritu Santo mueva nuestra vida, al mismo tiempo que ese hombre carnal, el que con su supuesta “espontaneidad” la quiere amover también.

Volvemos a lo que hemos dicho al principio: Primero es **“sanante”** y luego **“elevante”**. Aquí también es así: primero hay que mortificar ese hombre viejo, que pretende llevar el motor de nuestra vida, para que el Espíritu Santo pueda fecundar su gracia en nosotros, y hacer que demos frutos espirituales.

Termina este punto con un texto de San Basilio

**«Por el Espíritu Santo se nos concede de nuevo la entrada en el paraíso, la posesión del reino de los cielos, la recuperación de la adopción de hijos: se nos da la confianza de invocar a Dios como Padre, la participación de la gracia de Cristo, el podernos llamar hijos de la luz, el compartir la gloria eterna (San Basilio Magno, *Liber de Spiritu Sancto*, 15, 36: PG 32, 132).**

Lo dejamos aquí.